

# Las redes de la CIA



Enrique Benavides

sulta refutar a los comunistas en su asombrosa obsesión de explicarse la historia contemporánea por las andanzas alevosas y arteras de la CIA. Por esto es que los bobos se tragan el anzuelo, porque la repetición ha terminado por enervar en ellos todo esfuerzo mental.

Pero para ventura mía acabo de tener una experiencia personal que me ha permitido sin lugar a dudas, pillar casi de modo **in fraganti**, la farsa comunista de la CIA. Había una invitación sin discernir aún, para viajar a Chile el día 10 de setiembre de este año de gracia, a una mesa redonda de las Naciones Unidas de redactores y editorialistas latinoamericanos, para discutir problemas de información y de desarrollo. La sede de las conversaciones iría a ser el edificio de la CEPAL en Santiago de Chile. Por mera casualidad me correspondió a mí la suerte o la desgracia, como quiera mirarse, de aprovechar por Costa Rica, la invitación y con toda la buena fe del mundo viajé a Chile después de haber visto y estudiado toda la documentación proporcionada por los representantes de las Naciones Unidas acerca del simposio que habría de tener lugar en el segundo país marxista de América Latina. Hasta donde yo puedo responder de lo que hice, de lo que hablé y de lo que me hablaron, de lo que vi y de lo que sentí, no constaté nada extraño que pudiera hacerme pensar que viajaba a Chile por designio de la CIA. Puedo poner la mano sobre una biblia o sobre la santa cruz y jurar que no vi por parte alguna, ni antes ni después, la sombra siniestra de la CIA en mis movimientos, ni en los movimientos de mis compañeros de aventura. Yo tenía mis propios planes, los de escribir sobre la experiencia socialista del gobierno de Allende, la situación política y social del momento, las alternativas posibles. Pero nadie me dijo, ni menos un personaje sospechoso de la CIA que escribiera sobre ese te-

ma o sobre otro alguno. El martes 11 eran las nueve de la mañana y no sabía aún lo del golpe. Fue por boca de un acongojado funcionario de las Naciones Unidas que pude enterarme con gran azoramiento de los hechos. Pasó todo. Pude regresar vivo y sano a mi tierra y luego de unos días de descanso escribí una serie de reflexiones e impresiones sobre el golpe de estado y la realidad política chilena tal y como aparecían en mi conciencia. Eso me valió aparecer involucrado en las turbias maniobras de la CIA. Resulta que sin saberlo, viajé a sueldo de la CIA, en autos del golpe que se preparaba, y con la misión de escribir, una vez de regreso, a favor de los golpistas y en contra del gobierno de la Unidad Popular. No sólo los comunistas han dicho esto en forma privada y pública, cosa que me tendría sin cuidado porque conozco su mentalidad truculenta, sino también lo repiten dócilmente unos cuantos bobos que se sienten revolucionarios y muy vecinos de ideas con los marxistas. La prueba que tengo a mano para demostrar plenamente que no viajé a sueldo ni con instrucciones de la CIA, pertenecen al campo de la evidencia, esto es, a la experiencia vivida y pensada, cuya fuerza de convicción equivale al razonamiento cartesiano del "cógito ergo sum" o, en buen romance, del "pienso, luego existo". Si la CIA manejó mis pasos y orientó mis pensamientos debió ser desde algún platillo volador y por medio de ondas etéreas insensibles. Esto no lo discuto porque en materia de cibernética los camaradas me llevan ventaja. De modo que admito esa remota posibilidad. Pero fuera de ella, vale decir, descartando la hipótesis del platillo volador, que un buen camarada por supuesto no descartará del todo, mis pruebas son irrefragables. Puntualicemos. La invitación a Chile fue cursada por las Naciones Unidas y yo, personalmente, tuve en mis manos los documentos indubitables de

tal circunstancia. Esta sería la primera prueba. La segunda es la siguiente: al llegar a Santiago de Chile fui recibido por funcionarios de la CEPAL y de las Naciones Unidas y hospedado a cargo de ellos en el Hotel Sheraton, San Cristóbal, bien lejos de los hechos sobre los cuales los camaradas suponen que la CIA estaba interesada en divulgar posteriormente. La prueba tercera es que mis anfitriones, es decir, los funcionarios de las Naciones Unidas y de la CEPAL, eran amigos del gobierno depuesto, tenían con ese gobierno relaciones más que cordiales y algunos estaban vinculados ideológicamente al partido de la Unidad Popular y por esa razón su situación se hizo difícil con la Junta Militar, hasta el punto de encontrar muy serios escollos y dilatorias en sus gestiones por conseguirnos a todos los invitados, un salvoconducto para salir del país. Uno de esos funcionarios tenía un allanamiento de su casa. Entonces yo me pregunto: ¿cómo puede ser instrumento a sueldo de la CIA? ¿Cómo diablos pudo la CIA hacernos ir a Chile, sin saberlo, para ser recibidos y atendidos por amigos del gobierno de Allende que sin saberlo tampoco, eran instrumentos suyos? Tal vez este galimatías puedan explicarlo los camaradas desde su senil estilo de pensamiento, o no explicarlo y sencillamente pasar por todo esto como sobre ascuas. ¿Pero, los bobos? ¿Qué dirán los bobos frente a pruebas tan palmarias? La moraleja de esta historia es que nadie está exento de la CIA y que los pseudoizquierdistas, los izquierdistas diletantes, los socialistas de salón, los marxistas de cátedra y los excéntricos burgueses radicales, deben cuidarse mucho, no vaya a ser que cualquier paso en falso pueda atribuírseles a la tenebrosa Central de Inteligencia de los Estados Unidos.

Uno no sabe en estos días, cuándo se va a ver involucrado en los manejos de la CIA, siglas enigmáticas de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de América. Porque resulta que todo cuanto acontece en esta desafortunada región del mundo que es América Latina, es obra de la CIA. La CIA es, pues, algo así como el diablo de las viejas beatas de nuestras tranquilas aldeas. Siempre sospeché que algo trae el río cuando suena, y que es perfectamente posible que la CIA haya intervenido en más de una coyuntura política de América Latina y cometido más de un desaguisado. Pero no obstante todo eso y la naturaleza misma de esta organización, de parecido linaje a la antigua CHEKA rusa, a la actual KGB soviética y a la tamosa GESTAPO nazi, me resisto a caer en la simpleza de pensar, como las viejas beatas pensaban del demonio, en que todo cuanto sucede en los países latinoamericanos, esté presente la CIA. La CIA es en cierta forma, más un recurso fácil para explicar "popularmente" las cosas más complicadas y predisponer emocionalmente, a los simples, contra todo lo que interesa a los comunistas que se odie, que la caja de Pandora de América Latina. Pero como yo no sé de verdad qué es la CIA, ni mucho menos qué hace o no hace<sup>a</sup> ni quiénes la integran, dirigen o movilizan, realmente no puedo dar fe de si a esa entidad diabólica se deba, por ejemplo, el subdesarrollo de nuestros pueblos, los resultados de nuestras elecciones, la política vigente en nuestro país y en el resto del área, el terremoto de Nicaragua, el triunfo de Perón en Argentina, la indómita y digna protesta de Sakharov, el más eminente científico ruso, contra la represión y los privilegios de su país, la eventual victoria o derrota del Lic. Daniel Oduber, la dictadura de Duvalier, el fracaso de la revolución cubana, la escasez de trigo en Rusia, el golpe de estado de Chile y en fin, cuanta calamidad se ha visto y está por verse para infortunio de la humanidad. Por el contrario, el cuento de la CIA con que los camaradas siguen cazando bobos, algunos de alto vuelo y de brillante plumaje, siempre me ha inspirando un escepticismo irremediable. Esto de explicar cuanto sucede, de la misma manera, atribuyéndolo a una sola persona, entidad o fantasma, lo regresa a uno, quiéralo o no, a la infancia, cuando sabíamos que todo lo malo y todas las desgracias que sobrevienen en el mundo, son tramadas por Lucifer desde sus azufrados escondites. Sin embargo, nadie puede negar lo difícil que re-